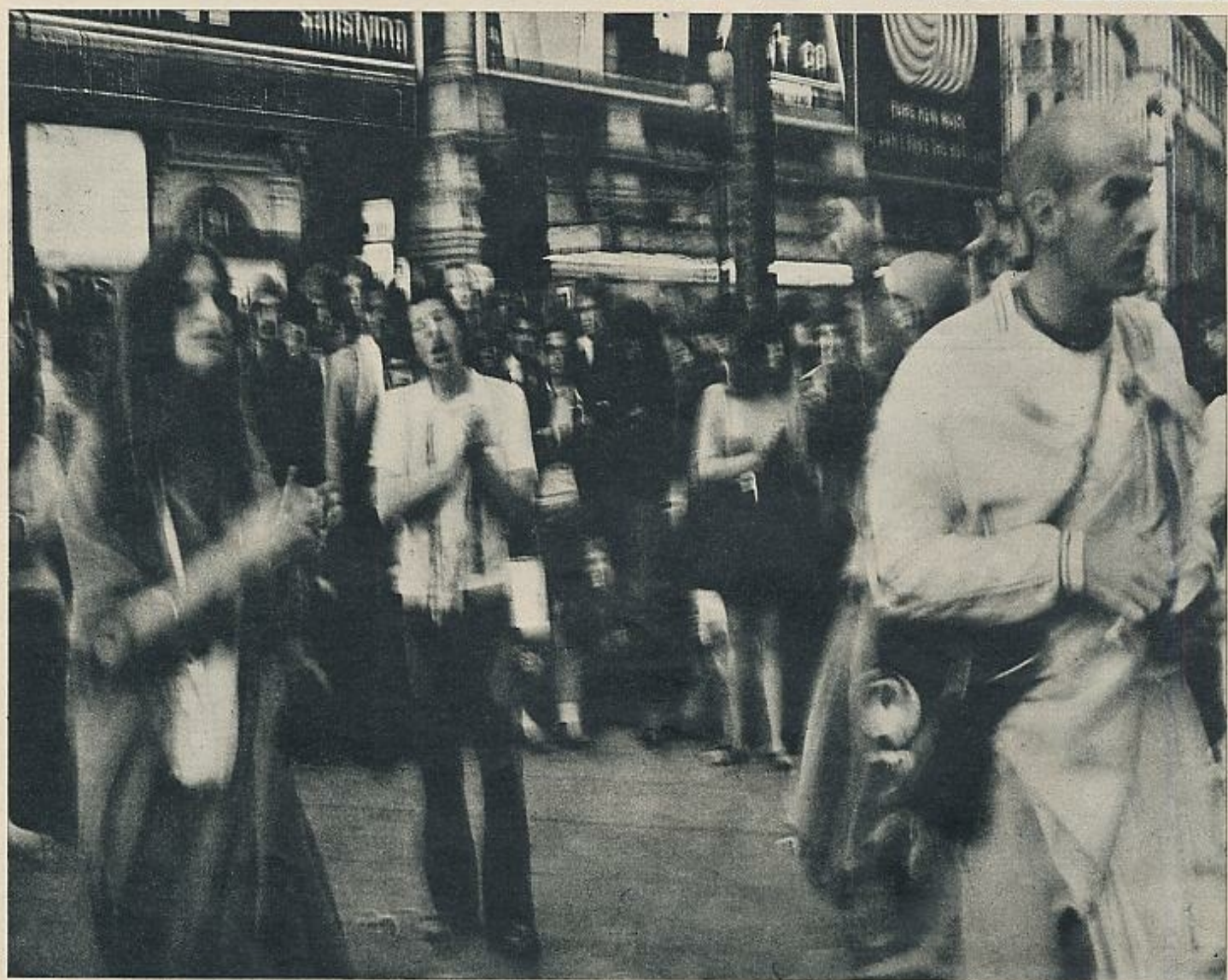


**EDUARDO
CHAMORRO**

LONDRES

ALUCINADO ENTRE LA MODERNIDAD





La contestación al «blanqueamiento» de Enoch Powell encuentra en Hyde Park su último reducto.

ADAD Y LAS GENIZAS DEL IMPERIO

A lo largo de Oxford Street, hacia Tottenham Court Road —más allá el Bloomsbury de Lytton Strachey y Keynes, de Virginia Woolf y lord Russell—, avanza una extraña comitiva recitando insólitas palinodias. Son seis mozaletas ataviadas con luengas túnicas de seda color butano sobre gruesos blandranes de sierra, pues hace un frío de todos los demonios. Los pies van envueltos en babuchas de pelaje. Ellos llevan la cabeza repada, a excepción de un mechón sobre el occipucio, que cuelga como lacia coleta dorada. Ellas no han tocado su cabello; se limitan a un ritmo imperturbable con un cierto sesgo balinés. Todos cantan *Hare, hare, Hare Krishna. Hare Krishna, hare, hare*. Son los singulares voceros de una liturgia más antigua que el Imperio romano y lejanísima. Se mueven al compás de una exótica instrumentación; reparten hojitas por mor de un tibio proselitismo. Avanzan capitaneados por un muchachito de facciones tibetanas. Son los hijos de Albión convertidos a las creencias orientales. Son los descendientes de los «Tres lanceros bengalíes», de los hombres que se increpaban con plumas blancas, de los que murieron en las trincheras de Sebastopol. Nada tienen que ver con Geoffrey Firmin, alcohólico cónsul británico asesinado en Parlán.

La comitiva, por más que extraña, resulta lógica cuando el león resopla fatigado, por no decir agónico. Las tropas británicas de guarnición en la isla de Malta inician su evacuación. Algunos se preguntan qué hace el Ejército británico combatiendo en Irlanda del Norte a mozaletas transmudadas en espadachines molotovianos. Terminó la épica y el Imperio se viene definitivamente abajo. La vieja puer-



El grupo Hare Krishna, singulares voceros de una liturgia más antigua que el Imperio romano.

ca que se come su lechigada. The old, dirty England. A Eliot se lo comerían las lágrimas. D. H. Lawrence sonreiría y se tomaría un par de copas antes de embarcarse de nuevo hacia Méjico. Hay demasiados fantasmas en este viejo y querido Londres neurótico, invernal y melancólico.

La desolación guarda las perlas de la modernidad

Se ha hecho el crepúsculo sobre Wimg's Road y Carnaby Street, antiguos *sancta sanctorum* de los ropajes de innovación. Como hecho social de expresivos significados, la moda ha cambiado de signo. Desapareció el dandismo de la segunda mitad de los sesenta, sustituido por la modernidad desha-

rrapada de Oriente o por la espontaneidad boscosa de lo campirano. La indumentaria de ambos sexos, el maquillaje, los peinados, ostentan los rasgos de una genuina desolación. Son los trazos desvaídos de una pintura inconclusa con el péramo como único horizonte.

La antigua generación a cude como por una compulsión desesperada a las rebajas de Mark & Spencer, de Selfridges, de C & A... Los jóvenes se marchan al Kensington Market, una especie de zocodover destartado situado en una de las zonas más nobles de Londres —plagada de cancellerías—, a sólo quince minutos del horroroso monumento al príncipe Alberto. El Kensington Market apesta a incienso —hoy por hoy todos los flats de jóvenes en Londres apestan a in-

ciensio—; en sus abigarradas tiendas, la mayoría no mayores que un quiosco de portal, se apilan las más variopintas vestiduras y aditamentos. Curiosos faldamentos larguísimos, sólo a primera vista complicados; estuches de laca, redomas de marfil y cristal policromo destapadas, con sus raros perfumes sintéticos acechantes; ungüentos, en polvo o líquido, que turban, confunden y ahogan los sentidos en olor. Collares, escarpelas... toda una parafernalia oriental. Los muchachos se inclinan por las prendas de jaez campestre. El remiendo ha triunfado como donativo de la contestación al consumo y, por lo tanto, ha sido asimilado y producido en serie. Por doquier se ven pintorescas zamarras confeccionadas con retales de un género parecido a la gamuza, pero con menos apresto. El tocado más característico es, desde luego, el Stetson, de imitación y ala ancha, cuando no uno de esos pasamontañas ovejeros que tanto miedo dan. Todo expresa un ansia por la evasión hacia lugares más apacibles, donde no reine como única majestad la tragicomedia cotidiana de la vida.

En el West Central, las austeras librerías de las inmediaciones del Museo Británico —de la piedra de Rosetta a la Carta Magna, pasando por manuscritos de Lope de Vega, Lutero, Blake, Voltaire y sabe Dios cuánta rapacera— exhiben las obras del maestro Suzuki (Iazarillo de Alan Watts), de Huxley, las crónicas Pali, el «Libro de los Muertos Tibetanos» (en tres o cuatro ediciones de bolsillo); libros en los que se debelen rutas que no pueden abandonar su aspecto de quimeras en la patria de las Trade Unions (bastante más trade que unions). La Penguin publica las obras completas de Orwell. Inglaterra parece verse recorrida por

una mezcla de exotismo decadente y mala conciencia.

La lumpenería navideña londinense

La insularidad es una constante en el carácter británico, que se expresa mediante la introversión, la ironía, la flama y el sentimiento de vivir retrepado en uno mismo. Inglaterra es un país pródigo en enormísimos y errantes solitarios afectos al *scotch* y a la reflexión mitológica. Todo esto se expresa de una manera más nítida en el paréntesis navideño. En la noche del 24 y 25 de diciembre el personal se emborracha hasta morir y hace regalos tímidamente, como con mucho miedo a molestar. Al día siguiente se hace el vacío en la ciudad. Es *boxing-day* (uno de los cuatro días en que sin ser domingo no se trabaja), y luego es sábado, y domingo... Un prolongado paréntesis de ocio en el que el británico se encierra en su casa. No abren los restaurantes ni los *pubs*; sólo abren unos pocos cines. Se hace entonces una parda quietud, únicamente respuntada por los cánticos procedentes de alguna insospechada capilla. En la tarde del último día feriado regresan los que huyeron de la urbe endemoniada. Las hileras de coches que suben por Charing Cross constituyen una monótona cabealgata, en la que queda patente la planificación familiar británica. El matrimonio va en los asientos delanteros —él conduce, ella fuma y mira cansinamente por la ventana—, en los de atrás viaja una pareja de críos amarrados por los cinturones de seguridad. Coches igualmente ocupados se suceden con un laconismo que estremece.

Lo único que esos días de encubillamiento o evasión no desaparece de Londres es la lumpenería, toda una clase de trabajadores subempleados (en su mayoría afecta a trabajos temporales: limpieza de oficinas, de establecimientos universitarios; empleados de lavanderías, de restaurantes, de hoteles, etcétera) y de gente marginada, característica ineludible al parecer de toda ciudad occidental que pase de los cinco millones de habitantes. La marginación se hace visible en los lugares más insólitos. En un Piccadilly Circus desértico y bajo el estruendoso pliar de los sufridos volátiles londinenses, un anciano aterido claquetea al son de una ocarina. A menos de quinientos metros se oye un violín tocado con parsimonia. A los pies del ejecutante un estuche abierto reclama la voluntad —huidiza— del transeúnte, que, a su vez, lo más probable es que lance al pasar el rápido vistazo a los cajones metálicos de los desperdicios. En el paso subterráneo del Speakers Corner, a los pies del London Hill



La posesión diabólica explicada en función de las compulsiones neuróticas («The Devils»).

LONDRES

ton, el sonido de un saxofón advierte de una presencia humana. Junto a ella pasa una pareja apresurada, rumbo a un *party*; llevan una enorme garrafa de sidra y un saco montañés enrollado. Es como si un circo delirante se hubiera desmembrado, desperdigándose sus miembros por la ciudad, dispuestos a hechizar a las ratas.

En Notting Hill Gate, en un apartamento decorado en fucsia, con un samovar en un rincón y alguna colgadura zarista, una anciana de edad indescifrable predica la emancipación del *sertao*. Mueve las manos pausadamente y hechiza a un auditorio que hubiera hecho feliz al Bosco. De vez en cuando se detiene en su salmodia y reparte compota de hierbas y algún puerro. Un ritual extrañísimo y macrobiótico del que uno sale absolutamente alucinado para toparse con un enano vestido de terno gris que mira de la manera más altiva que imaginarse pueda. De paso por la ciudad, y con los ojos como platos, Antonio Martínez Sarrión comenta que Londres es como el patio de Monipodio, poblado subterráneamente por sinuosos Rinconetes y Cortadillos.

El reverso de la metrópoli

El 29 de diciembre la prensa anuncia el comienzo de una epide-

mia de gripe; al parecer, el virus proviene de Hong-Kong. Una epidemia similar, la del invierno 1969-70, causó más de siete mil muertos. La cifra no carece de razones. En Londres la calefacción central es prácticamente inexistente. La casa típica inglesa consta de unas tres plantas, con un cuarto de baño situado en la segunda, al que han de acudir por turnos los inquilinos de los apartamentos en que se han dividido las plantas. Naturalmente, durante el invierno el ambiente de los cuartos de baño es polar. El agua se calienta con gas, cuya instalación funciona siempre al ritmo de monedas de cinco peniques. Tal situación no es de las más propicias a la higiene, y es la más familiar a la clase trabajadora metropolitana, sobre todo al sector constituido por la emigración meridional europea, por no hablar de la colonial, ahora detenida a instancias del señor Enoch Powell.

¿Provoca esto un cierto malestar social? Quizá, si bien la hostilidad de los semblantes parece ser debida, mayormente, al incremento del coste de vida. La decimalización de la libra ha supuesto, en realidad, una merma importante de su capacidad adquisitiva. En 1969 la libra constaba de doscientos cuarenta peniques (veinte chelines); una taza de té costaba tres peniques. En la actualidad la

libra consta de cien peniques y hay que pagar cinco por una taza de té. Las tarifas del *underground* se han incrementado sensiblemente. La carne no es frecuente en la cesta de la compra. Por otra parte, el sistema fiscal británico cada vez abunda más en detractores.

¡Ah! Pero para algo se inventaron los resortes del control social. Y por su labor, parece como si todo el peso de la Historia, todos los pétreos desperdicios del Imperio; la entrada en el Mercado Común, la incorporación —en cierta medida— de modos de vida continentales hubieran dejado un amargo sabor de boca. La gente ha adoptado una tácita renunciación a referirse a temas que considera históricamente humillantes.

Convencidos de que esto se va a pique, ¿para qué salirnos de la socorrida meteorología? Sin embargo, jamás había yo escuchado en el Speakers Corner de Hyde Park insultar de tal modo a la vieja Gran Bretaña, apostrofar de tal manera a un Imperio en su ocaso. ¡Caray! Qué astillas están haciendo de un árbol tan sereno y ladinamente decrépito.

Cine versus televisión: Ken Russell

En la esfera de los espectáculos la cosa va por la senda de las

rivalidades industriales. La competitividad establecida entre el cine y la televisión se expresa a diferentes niveles: todos los que puede jugar el cine por recuperar una audiencia día a día mermada por la pequeña pantalla. Por un lado, la censura británica, por la presión ejercida por la industria, ha suavizado sus criterios casi hasta el límite. Por si fuera poco, a otros niveles el límite no existe. Unos cuantos clubs privados exhiben films que no han pasado por censura, en su mayor parte norteamericanos. Ser miembro de tales clubs exige el pago de una libra. Al cabo de una hora puede pagar otra libra por su butaca y prepararse a bufar, mugir o desvanecerse.

Al nivel de la creación, el caso más expresivo de la rivalidad cine-televisión quizá sea el de Ken Russell, de hecho, un producto de ese pugilato. En estos momentos se exhiben en Londres tras de sus últimas películas: *The Devils*, *Women in Love* y *The Music Lovers*. En la primera, Russell parte del libro de Huxley sobre los Demonios de Loudon para construir un efectista, y para algunos superficial, discurso sobre las pretendidas posesiones demoníacas, los enfrentamientos religiosos sectarios y las intromisiones de lo religioso en lo temporal. Ken Russell es católico y conoce profundamente los resortes de la gente a la que se dirige. Esto le permite crear un producto absolutamente comercial, ocultando la frivolidad de sus tratamientos bajo la apariencia de «poner - al - desnudo - los - hechos - históricos - y - las - pasiones - de - sus - protagonistas». Erotismo, sadismo y voyeurismo de poca altura se combinan proporcionalmente en sus películas, verdaderas superproducciones en cuanto a los intérpretes y a la puesta en escena. Pero hay veces en que la cosa se le viene abajo. Tal es el caso de *The Music Lovers*, una aburridísima y frustrada biografía de Tchaikovsky, convertida en astracana folletinesca por la vía del freudismo de alulayas. Vanos son los esfuerzos de Glenda Jackson por levantar la situación ante la puerilidad y blandura de Richard Chamberlain y el despiste de Russell. Sin embargo, acierta en *Women in Love*, la mejor de sus películas, probablemente. Calcada sobre la novela del mismo título de D. H. Lawrence y con Alan Bates —idéntico al escritor—, Glenda Jackson y Oliver Reed, la película refleja el tenso temperamento panteísta de Lawrence a través de su análisis de los comportamientos femeninos.

Del resto de la cartelera londinense, ¿para qué entristecerles? Sólo señalaré dos películas absolutamente inteligentes: *Taking off* —realizada por Milos Forman, en Estados Unidos— y *Sunday, bloody*



La vigilancia imparable del bobio cuida la medida del insulto contra el «establishment».



El turista, transeúnte típico —y casi único— del Londres navideño.

Sunday —Schlesinger—. Kluge, con Jane Fonda y Donald Sutherland, quizá llegue a las pantallas manchegas, pero es tan aburrida.

Finalmente, la música

Se calcula que el aficionado inglés a la música, en general —clásica, «jazz», «pop», «folk», compra un «long-play» cada semana. Esto puede dar una idea del **music business**. Las tiendas londinenses especializadas en discografía pasan de la treintena. Y por si fuera poco, en Oxford Street se encuentra la expendiduría de *His Master's Voice* (el perrito y el gramófono), comparable a lo que con respecto a los libros significa Foyles. Si aquí no se encuentra el disco que uno busca, alguna pista se obtendrá para dar con él. Si lo que se prefiere es algo antiguo o más barato, las tiendas especializadas ofrecen un amplio catálogo de LPs de segunda mano. La información musical se mantiene al día mediante multitud de publicaciones, la más popular: *Melody Maker*, con una tirada de unos ciento y pico mil ejemplares. Para sus redactores, éstos son los mejores álbumes del año:

•Pop: John Lennon, con «Imagine» (Apple PAS 10004).

•Jazz: Charlie Mingus, con «The great concert of Charlie Mingus» (América 30 AM 003/4/5. Batería: Dannie Richmond; saxo tenor: Clifford Jordan. Se trata de las grabaciones efectuadas hace siete años en el famoso tour europeo de Mingus, poco antes de la muerte de Eric Dolphy.

•Blues: Bessie Smith, con «The World's Greatest Blues Singer» (CBS 66258), «Any Woman Blues» (CBS 66262), «The Empty Bed Blues» (CBS 66273) y «The Empress» (CBS 66264). La colección se completará en 1972, recogiendo ciento sesenta grabaciones. En el tercer LP de los ya aparecidos interviene Louis Armstrong.

•Folk: Steeleye Span, con «Please to See the King» (B & C). Una experiencia imaginativa en el campo del «electric folk».

De manera que así se manifiesta, más o menos, Londres a comienzos de 1972. Probablemente habría que sistematizar, profundizar, matizar todas estas impresiones. Probablemente, también habría que expresar el caos subjetivo producto de toda la avalancha de información que proporciona esta enloquecida Babel de nuestra era. Y desde luego, lo mejor sería no tener que acudir a estos viajes navideños y dejar que se oreara el cotarro. Así nos acostumbraríamos a viajar en febrero, por ejemplo, o en septiembre, pero de una manera menos tensa. O a lo mejor hasta se nos quitaban las ganas de viajar. ■ E. CH.